

Del brazo y por la calle

ANTONIO PEREIRA EN EL PAÍS DE LOS LOSADAS

Victoriano Crémer

Un nuevo libro de Antonio Pereira es siempre, sobre todo para los leoneses, un motivo de apretada atención y emoción. Porque Antonio Pereira, ya difundido su nombre de escritor por muy extensas zonas del Universo Mundo, es, fundamentalmente, un escritor de sus tierras leonesas del Bierzo.

Tanto da que el autor contemple una parcela de mundo cosmopolita desde su puesto de observación en la «Costa de los fuegos tardíos», como que acompañe en su peripecia a su Soledad sin sitio, o que se enrede en un gozoso juego, con la sarta cálida de sus cuentos.

Siempre, inapelablemente, el mapa puntual de León, la melancólica nostalgia del Bierzo quedará perfectamente vinculada, entremetida en la sangre de la novela.

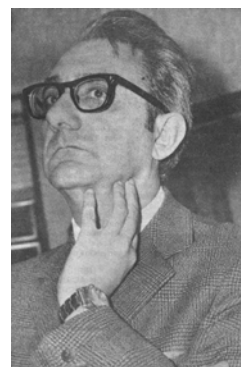
Antonio Pereira acaba de poner en circulación un nuevo libro, que titula «País de los Losadas», y que si es su propio país no es por comodidad del autor, que atesora personajes y anécdotas peculiares, sino porque desde estas tierras, desde estas gentes el escritor pretende darle de vida de todo lo que de verdad le pesa en el corazón.

Pudo llamarse el libro, y a punto estuvo de recibir distinto nombre y apellidos a la hora de bautizarle para el mundo para el demonio y para la carne. «Los huidos», porque de fugitivos trata, porque de re-encontrados, después de agotar su capítulo de vicisitudes, se refiere.

Pero Antonio Pereira, sin desligarse de esa línea tenue, por más que profunda y verdadera, de la emoción, no hace historiografía, ni enfatiza la aventura de los personajes, sino que, por más importante, prefiere penetrar en sus intersticios, ocupar sus intimas estancias y proponer el ser humano que cada uno de los figurantes es, en toda su dimensión y sobre todo en su más sincera palpitación. No

son, si se quiere, personajes épicos, sino seres humanos vivos...

Antonio Pereira ha alcanzado en sus fórmulas de expresión, en su operativa novelística, ese grado de densidad, de intensidad y de facilidad que acredita a un escritor probado en muchas aventuras y dotado de ese especial don de la gracia, natural, que se lleva en la sangre, que se tiene en los forros de los ojos, que se alimenta en los pastos verdes de unos sentimientos perfectamente sometidos al don del equilibrio, de la armonía y de la belleza.



Antonio Pereira escribe mejor que habla y su fórmula no consiste en contar las cosas como son, por más que su prosa sólida dislocada parezca atenerse a un cauce que le es al autor propicio, sino en someter el relato, una vez establecidas sus bases y levantado su andamiaje, a la lenta, a la laboriosa fruición de envolverle en las luces y en las sombras (el claroscuro es el acento predominante en la novelística de Pereira) de un lenguaje de sabrosas resonancias, que por sí sólo vale para establecer el mérito de un libro y la calidad de un escritor.